

PRESENCIA (Y AUSENCIA) DE PABLO NERUDA EN LA ACTUAL POESÍA CHILENA¹

Andrés Morales Milohnić

Universidad de Chile

*Para el poeta y gran amigo
Ante Zemljar.
In Memoriam.*

En este año de múltiples y más que merecidos homenajes a Pablo Neruda, mucho se ha dicho de su vida, de sus anécdotas, de sus historias y de sus aciertos y desaciertos humanos. Menos se ha hablado de la obra, de la trascendencia y vigencia de la misma, de la extraordinaria lozanía de algunos de sus grandes poemas y de la fuerza inconmensurable de muchos de los más hermosos versos escritos en lengua castellana. Sin abandonar esta perspectiva, en que su grandeza no puede cuestionarse, es imprescindible visitar su poesía para comprobar en las voces de otros poetas cómo su palabra se presenta o, también, se ausenta de la llamada “tradición poética chilena”.

La obra de Pablo Neruda ha sido considerada como una de las cuatro o cinco líneas “fundadoras” de la poesía

¹ Ponencia presentada en el Seminario en Homenaje del Centenario de Neruda: “La Vida y Obra de Pablo Neruda”. Zagreb, Croacia, 10 de septiembre de 2004.

chilena contemporánea. Junto a Gabriela Mistral, Pedro Prado, Vicente Huidobro y Pablo de Rokha², Neruda es una de las fuentes desde donde arranca la gran poesía nacional que, a lo largo de todo el siglo veinte y en estos primeros años del veintiuno, ha dado frutos tan importantes como son las obras de los poetas de la generación de 1938, Eduardo Anguita, Gonzalo Rojas, Humberto Díaz Casanueva y Nicanor Parra; de la Generación de 1957, Enrique Lihn, Stella Díaz Varín, Miguel Arteche, Armando Uribe (flamante Premio Nacional de Literatura 2004) y Jorge Teillier; de la promoción de 1972, Oscar Hahn, Jaime Quezada, Floridor Pérez, Manuel Silva Acevedo, Gonzalo Millán y Juan Luis Martínez; de mi propia generación, llamada “Del ‘80” o de 1987, Tomás Harris, Diego Maquieira, Elvira Hernández, Teresa y Lila Calderón, Raúl Zurita, Elicura Chihuailaf o José María Memet; y de los novísimos poetas de la generación de los noventa o del 2002 como Andrés Adwanter, Matías Rivas, Julio Espinosa, Cristián Gómez, Javier Bello, Alejandra del Río, Kurt Fölch, Alejandro Zambra, Rodrigo Rojas, Verónica Jiménez o Germán Carrasco.

Esta larga lista de nombres da testimonio de la buena salud y de la continuidad de la poesía chilena contemporánea. Tildado como “país de poetas”, Chile, sin que nadie sepa la razón del por qué, ha mantenido una tasa impresionante de poetas destacados. Tal vez, una de las respuestas a la pregunta de esta vitalidad y de la constante renovación de este género, puede

² Estas cuatro o cinco líneas difieren según los críticos. Unos incluyen o excluyen a algunos de los nombres señalados dependiendo, por supuesto, de sus gustos personales. La idea de “cuatro” líneas fundadoras proviene del famoso crítico de “El Mercurio” Hernán Díaz Arrieta, conocido por su seudónimo “Alone”.

encontrarse en esas ya aludidas y primeras cuatro o cinco voces fundadoras donde la figura de Neruda es, para todos, un hito de referencia insoslayable. Al igual que ocurre con todos los grandes autores, la obra de Neruda entrega para cada uno una visión de mundo, un espacio único, una revelación concreta donde el lector atento –y, por supuesto, el poeta lector- puede hallar lo que busca para sí. Desde el romántico autor bisoño de *Crepusculario* (1923) o *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* (1924), que, como tradicionalmente se ha dicho, ha enseñado a generaciones a amar a través de la palabra; hasta el vanguardista oscuro y solitario atormentado de su deslumbrante y profundísima *Residencia en la tierra* (1933-1935), umbral para la transformación que sufrirá durante los años de la guerra civil española donde escribirá una de las piezas poéticas “de compromiso” más notables de la lírica castellana, *España en el corazón* (1938), que, a su vez, decantará años más tarde en el portentoso río de *Canto General* (1950), obra mayúscula que refunda la historia, la geografía, la flora, la fauna, el paisaje, las costumbres, los dolores y las luchas de todo el continente americano. En cada rincón de su vastísima producción, el poeta chileno será capaz de abrir los ojos del deslumbramiento y de la belleza, de los odios y de los amores que todo lector reconoce como propios. Así ocurrirá también con *Los versos del capitán* (1952-1953), con las *Odas Elementales* (1954-1956-1957), con el extraño y a la vez prodigioso *Estravagario* (1958) o con *Memorial de Isla Negra* (1964)... Todas obras interesantísimas que, se reconozca o no, no dejan indiferentes a los poetas de las generaciones posteriores. Desde la

confesada admiración hasta el rechazo casi automático hacia la figura paternal de su poesía, los autores chilenos tendrán un vínculo especial con la creación nerudiana. Con airadas reacciones, en agitadas polémicas y disputas, a través de las influencias que muchos no asumen o bien, que condicionan y limitan, la poesía de Pablo Neruda ha servido para que la mayoría, de una u otra forma, construyan su propio mundo creativo, para que afiancen y den vuelo a su palabra, para que continúen ese trabajo difícil, pero siempre hermoso que es la poesía.

Como reacción a las voces polémicas y hasta contrarias de la generación de 1927 (Vicente Huidobro, Pablo Neruda, Pablo De Rokha), la mayoría de los autores de las promociones de 1938 y 1957 intentan resituarse “individualmente” o en forma disidente en el escenario poético de Chile. Desde Eduardo Anguita y Braulio Arenas, hasta la “Antipoesía” de Nicanor Parra, los poetas de la generación inmediatamente posterior a Neruda observan con desconfianza las rencillas de poder entre los vates más importantes del Chile de entonces. Siguiendo a Harold Bloom, podemos hablar de un “parricidio” (nunca mejor dicho) expresado en diversos registros, tonos y distancias que comprenden desde la ruptura coloquialista, desacralizadora, irónica y humorística de Nicanor Parra, hasta un regreso a la oscuridad y revelación de la palabra y los clásicos (Eduardo Anguita, Gonzalo Rojas) o a los laberintos del surrealismo y la filosofía (destacando aquí los poetas de “La mandrágora”, Enrique Gómez Correa o Teófilo Cid y el distante y reflexivo Humberto Díaz Casanueva). Nadie cuestiona la

densidad lírica de Neruda, nadie duda de la intensidad de sus *Residencias* e incluso de su *Canto General*, pero, curiosamente, tampoco nadie sigue su camino (en el tono o en el estilo, en la forma de un hablante “profético” o “prometeico”, según las categorías propuestas por C. M. Bowra³ que viene, citando el extraordinario poema “Alturas de Machu Picchu” a “hablar por vuestra boca muerta”). Si bien los tiempos exigen una poesía de mayor compromiso social y político (muy de acuerdo con el Neruda posterior a la guerra civil española), el discurso lírico pareciera crear una distancia más que notable entre los escritos nerudianos y los de aquellos autores. Algo que se entiende a la hora de calibrar la presencia de la voz y figura del poeta, pero que, al mismo tiempo, niega filiaciones directas o indirectas con este autor. En ese sentido, la obra de Vicente Huidobro pareciera permitir un acercamiento menos “marcado” y mucho más espontáneo... Más libre diría alguno, más “sui generis” y desprejuiciado. En el caso de la llamada “generación del cincuenta” o de 1957, la presencia de Huidobro y de Parra es mucho más visible que la de Neruda. La tan mentada “desacralización del yo” iniciada por el autor de *Poemas y Antipoemas* (y que en un comienzo no se instala tan frontalmente contra la poesía de Neruda⁴) hace que la voz de Pablo, totalizadora, omnívora, gigantesca, llegue a ser vista como “paquidérmica” y ambiciosa (en este punto es imprescindible hacer notar que el

³ Vid. Bowra, C. M. *Poesía y política*. Editorial Losada. Buenos Aires, 1969.

⁴ Sin duda será en “Manifiesto” (incluido en *Otros Poemas*, 1958-1968) donde Nicanor Parra arremeterá contra buena parte de la obra de sus predecesores señalando la escritura de Neruda como “poesía de sombrero alón” o, peor, como “poesía nasal y gutural” o “poesía de vaca sagrada”. Vid. Parra, Nicanor. *Poemas para combatir la calvicie (Antología)*. Editorial F. C. E. México - Santiago de Chile, 1993, pp. 147 – 150.

propio Neruda evoluciona hacia temas y objetos poéticos distintos enfocando su mirada hacia el mundo “menor”, si cabe el término, de las cosas sencillas, en libros tan reveladores y transparentes como sus *Odas Elementales* o *Estravagario*). Los grandes paisajes americanos, la refundación del mundo a la luz de las ideologías, la revisión de la historia, entran en crisis frente al protagonismo de la ciudad (también, y muy especialmente, en el plano de la narrativa, recuérdese a José Donoso o Jorge Edwards por citar un par de ejemplos) y en un notable sentimiento de desarraigo de los poetas de la época. Así la obra de Enrique Lihn, Stella Díaz Varín, Armando Uribe Arce o incluso la de Jorge Teillier se vuelven desesperanzadas, agónicas y hasta neuróticas. No hay deslumbramiento sino pesadumbre... El fin de la Segunda Guerra Mundial, la terrible sentencia de Adorno sobre la validez de la escritura poética después de Auschwitz (o de Hiroshima, podría agregarse), el existencialismo al uso y la confusión de la postguerra (donde el Muro de Berlín y la polarización de la guerra fría parece invadir la conciencia de gran parte de los autores del momento); cuando el mundo de la infancia y sus afectos, del espacio láríco⁵ de la belleza y la seguridad devienen casi definitivamente en una crisis de identidad para presagiar el precoz y estrepitoso abandono posterior de muchas de los idealismos anteriores. De esta forma, Neruda aparece como “el verbo poético de América”, pero también como la solitaria voz esperanzada ante un mundo que se deshace y se contrae ante el desastre del propio ser humano. Esta lectura, tal vez, puede

⁵ Me refiero a la idea de poesía “láríca” de Jorge Teillier.

consignarse acotadamente al territorio de la poesía chilena, pues en otras latitudes hispanoamericanas y, desde luego, europeas, el autor de *Canto General* es visto como el vivo portavoz de una realidad tercermundista que se debate entre el crecimiento y la pobreza. Es en Chile donde su palabra poética, a la vez que respetada, es puesta en jaque por poetas que buscan una redefinición del género y de las pertinencias o roles del poeta en la sociedad.

La revolución cubana, los movimientos de liberación, los mayos y las primaveras improntan fuertemente la siguiente promoción literaria. Conocida como “generación de los sesenta” o de 1972, sin dejar la atenta lectura de sus predecesores (Parra, Rojas, Lihn, Arteché o Teillier), estos poetas articulan un discurso donde el compromiso ideológico los “reconcilia” con Pablo Neruda. Su militancia política, sus causas y desvelos no sólo son un ejemplo sino una profesión de vida que muchos interpretan como propios. Desde la experimentación de Juan Luis Martínez, la perfección clásica de Oscar Hahn, la religiosidad social de Jaime Quezada o la vívida denuncia de Gonzalo Millán y Floridor Pérez, la lírica de los sesenta recupera la esperanza en el cambio, la revolución, la denuncia y la posibilidad de reinventar el mundo con la fe del terruño y la energía de un continente y de un país de promisorio futuro. De todas formas también siempre dejan en claro estar conscientes de las amenazas y de la realidad, casi adivinando futuras hecatombes... Su poesía se hace territorio de lucha y de reivindicaciones, despierta pasiones y enciende polémicas, cumple, desde todo punto de vista, un rol protagónico y popular junto a

jóvenes artistas que inician el redescubrimiento del folklore y promueven la aparición de una “Nueva Canción”⁶.

Este espíritu inconformista, utópico y militante polarizará violentamente la escritura. El propio Neruda recurrirá a la apología y al menosprecio maniqueo en alguno de sus escritos populares (recuérdese, una vez más, su discutida *Incitación al Nixonicidio y Apología de la revolución chilena*). La concesión del Premio Nobel y su presencia insoslayable en el gobierno de la Unidad Popular (primero como precandidato comunista y luego como abanderado y embajador de Salvador Allende) construirán una figura no sólo literaria, sino también a la altura de los más respetados “Padres de la Patria”. Aquí es necesario detenerse en la consideración de la huella profunda que marca a la gran mayoría de los chilenos, no sólo a aquellos que profesan la escritura. Excediendo, como se ha dicho, la propia poesía, su voz se identifica con la lucha contra la opresión, la defensa de la libertad y los principios más nobles del espíritu humano. A estas alturas, casi nadie niega su talento (a pesar de algunas pocas voces que minimizan su trabajo por su señalado compromiso ideológico) y su nombre se asocia universalmente, como alguna vez el de Gabriela Mistral, a lo chileno por definición. Si su obra refundó la realidad hispanoamericana y chilena en libros como *Canto General*, su nombre y su presencia consiguió reinstalar a Chile en la geografía del mundo y, más que eso, entregar una idea de lo legítimamente nacional, de lo

⁶ Destacando las notabilísimas figuras de cantautores o grupos como Víctor Jara, “Inti Illimani” o “Quilapayún” entre muchos otros.

intensamente propio a una buena parte de sus coterráneos. Así, Neruda despertó doblemente la conciencia del amor a la patria, del orgullo y de los sueños.

El trágico año de 1973 señala su partida y la desaparición, por más de 17 años, de la democracia en Chile. La diáspora, el exilio, el intraexilio, la censura y la autocensura (todos fenómenos complejos y que describir en estas páginas exigirían un largo desarrollo⁷) deshacen y rediseñan los tópicos de la poesía nacional. Del compromiso y la lucha idealista, de la denuncia frente a la injusticia, la voz de los poetas se tiñe de desamparo, dolor y remembranza. La poesía de ese entonces –clandestina o de circulación restringida- permite entregar un espacio de libertad que la realidad niega sistemáticamente⁸. De esta forma la obra de Neruda es releída, reinterpretada y revalorada, no sólo por los jóvenes poetas sino también por un creciente número de lectores que se asoma a las páginas del Premio Nobel. Neruda permanece y renace del olvido al que nunca el gobierno militar consiguió relegarlo (desprestigiando su imagen, minimizando su obra) en la voz de autores de la reciente generación de los ochenta (o de 1987) como José María Memet o Raúl Zurita, entre otros. *Bajo amenaza* (1979) de Memet es el testimonio de su notable influjo en materia de denuncia social y de vivo compromiso político. *Purgatorio* (1979) y *Anteparaíso*

⁷ Véase mi ensayo “La poesía de la generación de los ochenta: una valoración de fin de siglo”, en Morales, Andrés. *De palabra y Obra*. RIL Editores. Santiago de Chile, 2003.

⁸ Compruébese la increíble proliferación del discurso poético en lo que se ha llamado poesía de “la resistencia y del exilio” (desarrollada en Chile y el exterior) contenida en un corpus compuesto por autores consagrados, noveles y, también populares (desde poetas anónimos y circunstanciales hasta presos políticos que desarrollan un catártico y testimonial filón literario). Igualmente el extraordinario impulso que tuvieron, en la década de los ochenta, los “talleres literarios”.

(1982) de Zurita advierten una nueva fundación de Chile sobre las bases de aquella otra mítica que realizara el poeta en *Canto General*. Incluso poetas aparentemente lejanos de la escritura nerudiana, al menos en un principio, acusan la influencia de la primera o segunda *Residencia en la tierra* (pienso en autores como Tomás Harris, Eduardo Llanos, Mauricio Barrientos, Alejandra Basualto o, incluso, en mi propia obra). Sin que nadie continúe su tono (a pesar que Raúl Zurita resacraliza el yo poético actualizándolo para cantar su amor a un Chile doliente y crucificado en la dictadura militar), su presencia es muchísimo más nítida que en los años anteriores. Sin duda alguna su muerte contribuye –terrible verdad- a la proliferación del mito de su figura. Así, su obra, se transforma en la fuente de referencia permanente para aquellos que esperan el resurgir de la patria en una democracia nueva. Con posterioridad, y ya entrados en la década de los noventa, la poesía de la promoción de los ochenta abandonará la combatividad como rasgo de la escritura para decantarse en temas menos “comprometidos” y más pertinentes de la realidad del mundo contemporáneo. Aún así, Neruda seguirá vigente en su incuestionable peso como el gran poeta visionario, introspectivo, vanguardista y maravillosamente perturbado de *Residencia en la tierra*.

Independientemente de los vaivenes históricos y políticos, es posible afirmar que la obra de Pablo Neruda se ha instalado definitivamente en el entramado creativo de las jóvenes generaciones de escritores. Sin que se discutan mayormente sus opciones literarias, políticas y, en general, personales (como sí lo hicieran los poetas de las promociones del

'38 y del '57 y, aunque hoy muchos de ellos, a la luz y sombra de este centenario, no lo reconozcan abiertamente), de una u otra forma la presencia de su escritura es registrable en buena parte de los autores del '72 del '87 y hasta de la novísima “generación de los noventa” (pienso en Javier Bello y su *Rosa del mundo*, por ejemplo, en Julio Espinosa, o en la descreída inteligencia de Cristián Gómez y de sus últimos escritos). Independientemente de las voces que se han levantado acusando cansancio por tantos festejos de este centenario, la huella nerudiana se hace indeleble y hasta imprescindible (en cualquiera de sus múltiples vertientes) para reflexionar hondamente en la producción literaria del Chile actual. Todas las figuras paternas pueden resultar, y en general así resultan, sobre todo en países muy jóvenes, en incómodas presencias e incluso hasta aborrecibles... El paso del tiempo ha hecho de Pablo Neruda no sólo un padre bondadoso o un hermoso anciano al que hay que venerar. Mucho más que eso, los años han reverdecido en la gran extensión de su obra con la juventud airosa del habitante terrible de un mundo que se piensa, se sueña y se percibe bajo el caleidoscopio hermoso de una escritura que sigue siendo fuente de búsquedas, hallazgos y revelaciones para el poeta y el lector del hoy y del mañana.

Santiago de Chile, julio – agosto de 2004-2020